

que acababa de escuchar, les respondió que, lejos de tratar de matarles, deseaba tenerles por amigos. Haciendo justicia al valor de sus contrarios, trató de persuadirles, agotando todas las razones que juzgó mas convincentes para inclinarles á que capitulasen. «Les dió, como él dice, señales de paz y de consideracion, que jamás se han dado á vencido ninguno.»

Los jefes mejicanos escucharon atentamente las palabras del general español; pero respondieron que no estaba en el arbitrio de ellos el arreglar la paz, ni tenían esperanza de que el emperador admitiese proposicion ninguna. Entonces Hernan Cortés se retiró, resuelto á no disparar un solo tiro sobre los valientes y desgraciados defensores de la ciudad, sin procurar antes, por medio de un ilustre personaje, atraer al monarca azteca á un arreglo que pusiese término á la sangrienta lucha.

El ilustre personaje era un noble azteca, que tres dias antes, en un reñido combate, habia sido herido y hecho prisionero por un tio del rey de Texcoco (1). El general español le dijo si queria presentarse á desempeñar una mision de arreglo de paz, marchando á ver á su emperador, y habiendo contestado afirmativamente, se dirigió, aunque se hallaba malo de sus heridas, á cumplir con el encargo del jefe castellano. El pueblo le recibió con el acatamiento debido á una persona principal. Llegado á la presencia de Guatemotzin, empezó á exponer las proposiciones de Cor-

(1) «Una persona bien principal entre ellos, que teniamos preso, al cual dos ó tres dias antes habia prendido un tio de D. Fernando, señor de Tesaico, peleando en la ciudad.» — Tercera carta de Cortés.

tés. No le dejó acabar el jóven emperador. Apenas pronunció las primeras frases del avenimiento, cuando, segun refiere el mismo caudillo español, mandó que fuese sacrificado, como habia prometido que lo haria con todo el que se atreviese á hacerle proposiciones de paz (1). Pocos momentos despues, numerosos escuadrones aztecas, dando alaridos espantosos y lanzando una tempestad de flechas y de piedras, cayeron sobre los españoles que esperaban la respuesta. La lucha fué terrible; los castellanos tuvieron en ella muchos heridos y un caballo muerto; pero derrotados al fin los mejicanos, se vieron precisados á retirarse con sensibles pérdidas (2).

Cada vez se le hacia mas sensible á Hernan Cortés verse precisado á entrar en nuevos combates que no hacian mas que aumentar las víctimas de los valientes sitiados y la miseria de los desgraciados inermes. Persistiendo en su empeño de atraer al emperador á un arreglo, se aproximó á caballo, á una formidable trinchera de los contrarios, y llamó á los jefes que la guarnecian, y á quienes en tiempo de Moctezuma les trató bastante. «¿Por qué se niega vuestro emperador Guatemotzin, les dijo, á entrar en arreglos de paz y venir á conferenciar conmigo, cuando sabe que

(1) «Y como lo llevaron delante de Guatemucin, su señor, y él le comenzó á hablar sobre la paz, diz que luego lo mandó matar y sacrificar.» — Tercera carta de Cortés.

(2) Algunos escritores pintan á los guerreros mejicanos débiles por el hambre, languideciendo, sin que sus golpes hiciesen daño á sus contrarios. No los presenta así Hernan Cortés ni Bernal Diaz, sino «peleando reciamente» y de tal manera «que parecia que entonces comenzaban de nuevo á batallar».

nada debe temer de mí? Bien conoceréis que si yo quisiera, bastaría una hora para destruir á todos; pero me duele ver vuestros padecimientos, y tengo empeño en que se evite la efusion de sangre.» El general español les dijo en seguida, que ellos podian libertar al pueblo de que se prolongasen los sufrimientos, si se dirigian á Guatemotzin, y le persuadian á que entrase en un arreglo de paz. Aceptada por los nobles la mision, se presentaron al jóven monarca que siempre les habia mirado como á sus mas fieles vasallos y distinguidos capitanes. Despues de un corto exordio en que manifestaron que jamás hubieran aceptado el cargo que llevaban, si no estuviesen persuadidos de que en nada se oponia al amor patrio ni á la consideracion al monarca, expusieron, en buenos términos, los deseos del general castellano, en tener una entrevista con el monarca azteca.

Guatemotzin, viendo en los que desempeñaban la comision de Cortés, personas de cuyo patriotismo no podia dudar, escuchó en silencio las proposiciones del jefe sitiador. Si pocos dias antes castigó con la muerte al que osó presentarse desempeñando igual comision, ahora, consultando acaso con la política, y reprimiendo los impulsos de su fogoso corazon, se manifestó tranquilo y atento. No habia cambiado de resolucion de morir antes que ceder de su derecho; pero juzgó conveniente cambiar la forma de su política con respecto al general enemigo. Guatemotzin manifestó que estaba dispuesto á ir á la entrevista propuesta, eligiendo como punto el mas próximo, la plaza de Tlatelolco; pidió que la conferencia se efectuase el mismo dia; y suplicó á Cortés que no permitiese á las

tropas aliadas entrar en la ciudad mientras se daban los pasos para un arreglo.

Hernan Cortés ofreció obsequiar el deseo del emperador azteca, y satisfecho de la buena disposicion en que le veia de poner término á las hostilidades, regresó, como de costumbre, á sus cuarteles, acariciando la lisonjera idea de que iba á terminar la sangrienta lucha sin nuevos combates y desgracias.

A la mañana siguiente, despues de ordenar á los aliados que no entrasen á la ciudad, sino que permaneciesen en los campamentos, montó á caballo, y poniéndose al frente de los soldados españoles, marchó al sitio convenido para la conferencia. Cautó y previsor, encargó á sus tropas que estuviesen con cuidado, por si era una celada dispuesta por los jefes, para acometerles de improviso. Igual advertencia hizo á Pedro de Alvarado. Dadas las anteriores instrucciones, mandó cubrir de tapetes la plataforma de piedra que estaba en el centro de la plaza, se colocó un toldo de finas mantas, se pusieron los asientos que se juzgaron necesarios, y se dispuso una comida abundante para el monarca mejicano y los nobles que le acompañasen. El general español envió en seguida un recado al valiente Guatemotzin, avisándole que le esperaba en el sitio por él señalado. Poco despues se presentaron en la plaza cinco personajes aztecas, de los mas respetables de la ciudad. Eran enviados por Guatemotzin. Al llegar á donde estaba Hernan Cortés, manifestaron, de parte de su emperador, que le disimulase el no haber acudido á la cita, á causa de encontrarse algo indispuerto en su salud; pero que ellos estaban allí para representarle. Mucho sintió el ge-

neral español la falta del monarca azteca; pero recibió con marcadas señales de distincion y de aprecio á los representantes, pues consideró que eran un medio poderoso para llegar á un arreglo pacífico. Invitados por el jefe castellano á que pasasen á la adornada plataforma, les obsequió con el banquete que tenia dispuesto, en que «mostraron bien», dice el conquistador, «la necesidad que tenían de alimento».

Terminada la comida, Hernan Cortés les dijo que tratasen de persuadir al monarca á que fuese á verle, sin temor ninguno, pues le empeñaba su palabra de que seria respetado como ellos eran, pues su presencia era absolutamente indispensable para cualquier arreglo. Al decir esto les dió un presente de víveres para Guatemotzin, que entonces era el obsequio de mas estima que podia enviarle. Partieron los embajadores prometiendo cumplir lealmente con los deseos del general español, y dos horas despues, volvieron á la presencia de Hernan Cortés. Presentaron á éste un regalo de mantas finas, de parte del monarca mejicano; pero manifestaron que Guatemotzin rehusaba conferenciar personalmente. Instó el caudillo español á los embajadores, á que hiciesen comprender á su soberano que nada tenia que temer, y los males que caerian sobre la única parte de la poblacion que aun se hallaba en pié si se obstinaba en no presentarse. Los enviados ofrecieron volver á hablarle, y se retiraron. El jefe castellano se dirigió á poco hácia su campamento, pues era la hora de volver á él.

A la siguiente mañana se presentaron los cinco personajes aztecas en el real de Hernan Cortés, diciéndole que mar-

chase á la plaza del mercado, porque Guatemotzin habia resuelto hablarle allí. Pocos momentos despues, el general español, seguido de sus compatriotas, marchó al sitio de la cita. Las azoteas estaban llenas de guerreros mejicanos en actitud pacífica, embozados en sus mantas. El jefe castellano se puso á pasear por la plaza con algunos oficiales, esperando á que llegase el emperador azteca. El tiempo transcurria y Guatemotzin no llegaba. Tres horas permaneció Hernan Cortés en espera del gobernante mejicano; pero viendo que ni él ni ninguno de su comitiva se presentaba, comprendió que lo que se habia tratado fué de ganar tiempo para hacer nuevas fortificaciones y prepararse á la defensa. Conoció que la indisposicion de salud y el temor de presentarse indicados por los embajadores, excusando la presencia de su soberano, no habian sido sino pretextos con que habia logrado detener su avance. Furioso de verse burlado y agotada su paciencia, resolvió dar el asalto. Mandó llamar á las tropas aliadas que estaban en los campamentos, á distancia de una legua, y la misma orden envió á Pedro de Alvarado. Pronto se presentaron todos en donde estaba el general. Mientras todas estas considerables fuerzas atacaban á la ciudad por las calles, Gonzalo de Sandoval debia entrar, con los bergantines, por el otro lado de las casas en que los sitiados se habian fortificado, impidiendo así su salida por el agua. Dispuesto el plan y dadas las instrucciones á los capitanes, se dió la señal de asalto. Los escuadrones aliados, al escucharla, lanzaron espantosos alaridos con que expresaban su alegría. Anhelaban cebarse en la sangre de los que por espacio de una centuria les habian hecho sentir el yugo de

su despótico dominio. Los españoles avanzaron á tomar las trincheras construidas al otro lado de anchos fosos y zanjas que habian abierto los sitiados, y que eran las más formidables que tenian que tomar. Los mejicanos, resueltos á defenderlas, esperaron á sus contrarios con denuedo. El combate empezó con ahinco extraordinario. Los mejores y mas esforzados capitanes que contaba en sus ejércitos el emperador Guatemotzin, se hallaban al frente de los escuadrones aztecas. Al acercarse los asaltantes á las anchas cortaduras, recibieron una horrible tempestad de flechas, dardos y piedras, enviada desde las trincheras y las azoteas. Los españoles la recibieron cubriéndose con sus rodela, y apresurando el paso, se arrojaron á la cortadura para pasarla á nado y ganar el parapeto. La multitud de aliados, que en número exorbitante les acompañaban, siguieron su ejemplo, dando horribles aullidos de guerra y amenazando con el exterminio á los mejicanos. Los sitiados hicieron esfuerzos heróicos para impedir que los asaltantes se apoderasen del parapeto, pero era humanamente imposible. Cuando el desbordado torrente encuentra en su camino alguna presa, si no la arrastra consigo, salta por encima de ella cubriéndola con sus aguas y continuando su devastadora marcha. Las tremendas olas del inmenso océano de gente que formaban los numerosos escuadrones auxiliares, cayendo sobre la muralla levantada por los mejicanos, llegaron á destruirla, precipitándose en seguida á lo largo de la calle. Al mismo tiempo que las fuerzas de Cortés y de Alvarado atacaban, unidas, por un lado, Gonzalo de Sandoval, con sus bergantines, estrechaba á los sitiados por el lado del Norte. Los mejicanos,

cercados por todas partes y sin espacio suficiente para moverse, «no tenian, dice Hernan Cortés, paso por donde andar sino por encima de los muertos y por las azoteas que les quedaban». Sobre los montones de cadáveres insepultos y en estado de putrefaccion que cubrian las calles, caian nuevas víctimas heridas por las armas de los asaltantes. Los españoles, al penetrar en el circuito en que se defendian los sitiados, quedaron sorprendidos de horror, con la vista del infinito número de víctimas insepultas, causadas por el hambre y las armas. Las acequias, los fosos, los edificios, los patios y las calles, se hallaban literalmente apretados de finados. «No podíamos andar», dice Bernal Diaz, «sino entre cuerpos y cabezas de indios muertos.»

La lucha se trabó, por lo mismo, sobre los cadáveres que cubrian todo el circuito á que estaban reducidos los sitiados; pero esa lucha tenia que ser desgraciada para los mejicanos. No teniendo á donde moverse, porque los bergantines les tenian acorralados, se vieron bien pronto faltos de flechas y de piedras con que defenderse, puesto que á su derredor no tenian mas que enemigos que les herian, y compatriotas sin vida que cubrian el pavimento, impidiéndoles el que pudiesen tomar alguna piedra para defenderse (1). La matanza fué entonces horrible. Los aliados, sedientos de sangre y henchidos de implacable odio contra sus dominadores, se lanzaron con ímpetu espantoso sobre ellos, oprimiéndoles con el peso de sus

(1) «Y á esta causa no tenian ni hallaban flechas, ni varas, ni piedras con que nos ofender.»—Tercera carta de Cortés.

numerosos escuadrones, y agregando á los montones antiguos de cadáveres, otros no menos altos de nuevas víctimas. Mientras sucumbían luchando en las calles millares de aztecas, otros, queriendo librarse del furor de sus terribles enemigos, se refugiaban á las azoteas de las casas cubiertas en aquellos instantes de infelices mujeres y de niños que se habían subido á ellas huyendo del peligro. Los aliados, implacables en su odio, subían tras ellos, persiguiéndoles tenazmente, y convirtiendo cada azotea en un horrible matadero, donde no daban cuartel ni aun á las mujeres, los niños, ni los ancianos. Todo era desolación y espanto; estrago y ruina; lamentos y maldiciones: había sonado la hora del exterminio de aquella conquistadora nación que había sujetado á su coyunda á casi todas las naciones del Anáhuac, haciendo temblar á los pueblos que á fuerza de heroísmo y de sacrificios mantenían su independencia. Aquella era una horrible carnicería. La tierra se hallaba cubierta de cadáveres de todos sexos y edades, y la sangre corría en arroyos, como el agua en los instantes de un fuerte aguacero (1). Los gritos de terror de las mujeres y el llanto de los niños, llegaron á los oídos de los españoles que combatían á corta distancia. Hernán Cortés, conmovido al escucharlos, pues dice «que no había persona á quien no quebrantasen el corazón», comprendió que los aliados se ensañaban con los vencidos, y envió algunos castellanos para impedir que siguiesen matando. Pero era imposible atraer al orden á más de cien

(1) «Corrían arroyos de sangre por las calles como puede correr de agua cuando llueve, y con impetu y fuerza.»—Torquemada. *Monarquía Indiana*.

mil guerreros que se habían derramado por calles, azoteas y patios, en busca de víctimas, deseando vengar antiguos ultrajes. Todos los esfuerzos hechos para refrenar su violencia fueron inútiles. Ensañados contra los que habían sido sus dominadores, no encontraban más placer que en matar: había llegado para ellos la hora de la venganza, y la saciaban hiriendo y matando sin ver edad, sexo, ni clase. «Nunca, dice Hernán Cortés, se ha visto crueldad tan inaudita en generación ninguna, ni tan fuera de orden de naturaleza; y más trabajo teníamos en contener esa crueldad inconcebible y en evitar que matasen, que en combatir con nuestros contrarios» (1). Nunca se había hecho más estrago en los escuadrones aztecas que en ese terrible asalto. En él perecieron, por agua y tierra, según asegura el mismo conquistador, «más de cuarenta mil personas».

Este número de cadáveres, amontonados encima de los que ya cubrían las calles, las casas y las acequias, siguió aumentándose por instantes con las víctimas causadas por el hambre y por la fetidez.

Siendo ya tarde y haciéndose insoportable el pestilencial olor que envolvía la atmósfera con la corrupción de los insepultos cuerpos, dispuso Hernán Cortés la vuelta á los cuarteles (2).

(1) «Y que nosotros teníamos más que hacer en estorbar á nuestros amigos que no matasen ni hiciesen tanta crueldad, que no en pelear con los indios: la cual crueldad nunca en generación tan recia se vió ni tan fuera de todo orden de naturaleza, como en los naturales destas partes.»—Tercera carta de Cortés.

(2) «Y porque ya era tarde y no podíamos sufrir el mal olor de los muer-